

Con el agua al cuello

TEXTO Y FOTOS MARINA PEREZAGUA

MARINA PEREZAGUA PUBLICA "YORO" (LIBROS DEL LINCE), QUE LA CONSOLIDA COMO UNA DE LAS VOCES FUERTES DE LA NUEVA NARRATIVA ESPAÑOLA. HACE UNOS MESES DECIDIÓ QUE IBA A CRUZAR EL ESTRECHO DE GIBRALTAR A NADO. OTRO RETO. NOS HABLA DE SU EXPERIENCIA.

A mi madre le han dado a elegir cierto control sobre la fecha de su muerte: puede esperar a que esta le llegue, como a todos, un día indeterminado, o puede depositar en mí la responsabilidad de que sea yo la que establezca –cual Parca romana– cuántos años más vivirá. Mi madre quiere vivir muchos, largos años, como es tradicional en nuestra familia desde hace generaciones. Aún tengo a mis cuatro abuelos, llegué a ser mecida por el temblor de los 101 años de mi tatarabuela, y hasta que fui adolescente disfruté de la existencia de un bisabuelo y una bisabuela, que murió, esta última, hace diez años. Conociendo esto, es fácil imaginar que la tarea de elegir cuántos años más vivirá mi madre implica una responsabilidad que no solo nos atañe a mi madre y a mí, sino también a mis ancestros

y, por ello, decido ganar para ella tantos largos como pueda. Perdón. Quiero decir que “decido ganar para ella tantos largos años como pueda”. Eso es lo que hago cuando, en una sesión de entrenamiento en la piscina, me encuentro demasiado cansada para continuar nadando, para intentar otro largo. En ese cansancio que ahora mismo, después de los 5.000 metros, está invadiéndome, mi madre nace.

Mi madre ha nacido. A partir de esos 5.000 metros, nadar ya no es solo una cuestión de entrenamiento, sino el acto de sumar años a su vida. Veinticinco metros equivalen a un año. Hago los cálculos. Como quiero que mi madre iguale o supere el umbral de vida de nuestros mayores, a partir de su nacimiento (a partir de mi can-

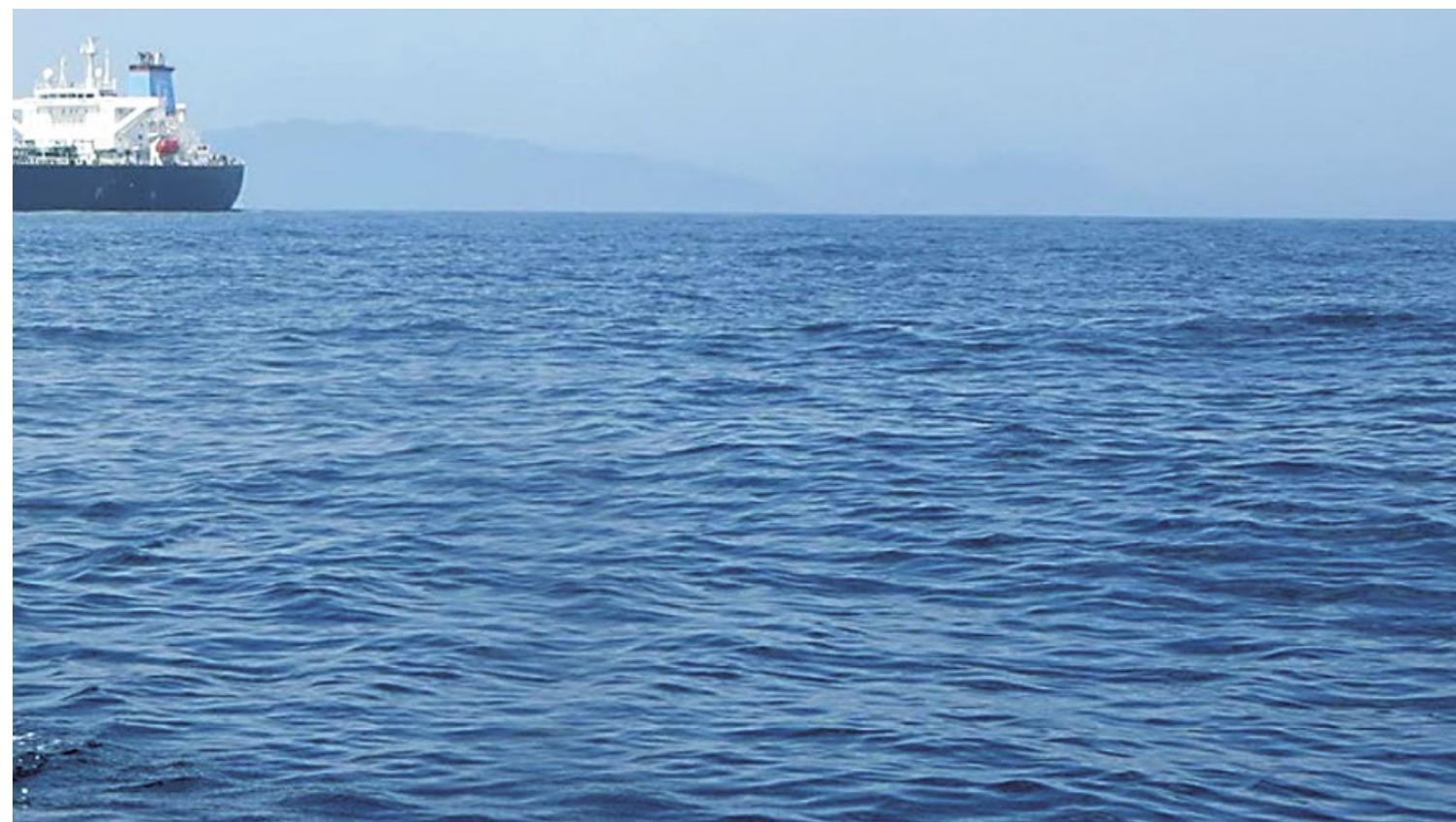


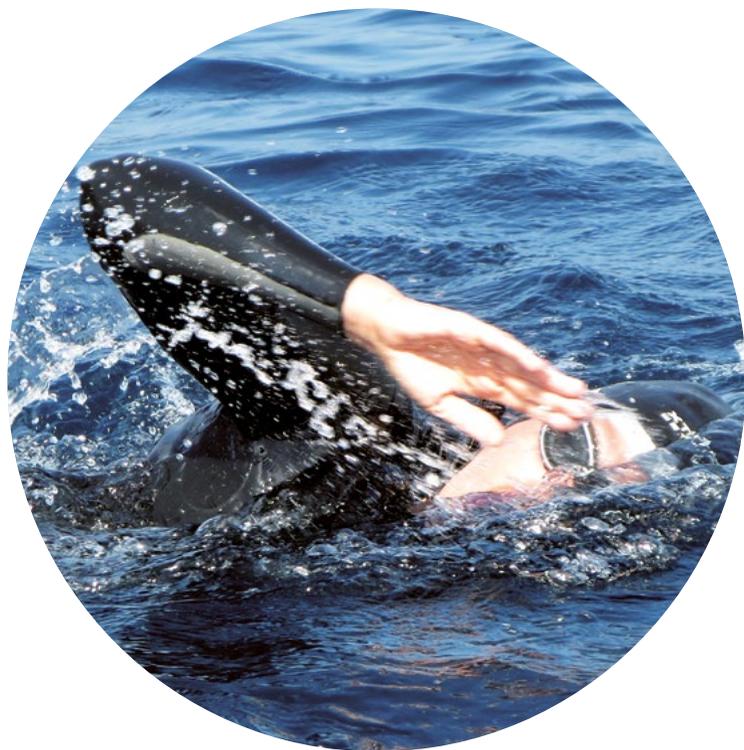
sancio en este precioso minuto) debo nadar, al menos, 2.525 metros más, es decir, conseguir para mi madre la misma edad que tenía mi tatarabuela cuando yo nací. Pero no quiero darle una vida larga llena de incidentes, por ello me repito a mí misma una de mis reglas: no puedo parar porque, si por cualquier motivo me detengo, estaré salpicando la biografía de mi madre con un pequeño –o tal vez gran– accidente, que solo podré enmendar nadando veinte largos más.

Obviamente, todo esto es un juego mental producto de mi carácter algo obsesivo, pero mientras que algunas de mis obsesiones parecen tener un sentido únicamente ritualista que se ahoga en sí mismo, este es un juego con una meta vital y necesaria: si quiero relajar mi mente tengo que nadar, pero no nadar de modo recreativo, lo cual no me cansa, sino nadar a un nivel

de competición. Solo cuando mi cuerpo comienza a cansarse, como ahora, cuando mi madre nace, mi mente –de naturaleza acelerada– puede por fin descansar, y en ese descanso surge, además del beneficio de la quietud, la idea sobre lo que quiero escribir. El agua de la piscina deviene así el líquido amniótico en el que engendro una historia al tiempo que hilo el futuro de quien me engendró. Por eso, cuando me preguntan cómo surgió una idea determinada, realmente solo puedo contestar cómo no surgió. No surgió de una voluntad por encontrarla, sino que se impuso mientras nadaba, precisamente en ese momento del día en que más alejada me encuentro de cualquier proceso mental reflexivo.

Pero hoy, en el agua, sí pienso. Pienso porque me han pedido que piense los motivos que me llevan a vincular agua y escritura. Ahora que mi madre ya va



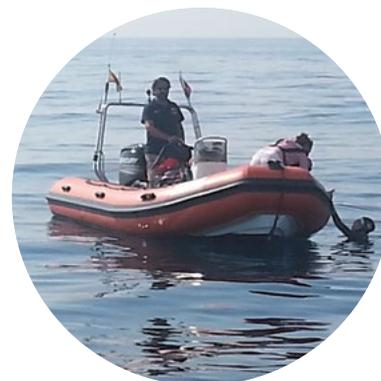
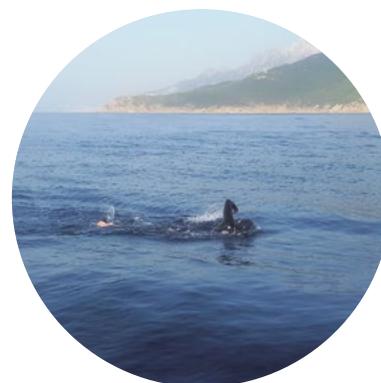


78

por dieciséis años, y yo llevo cuatrocientos metros más de cansancio, la veo bien bonita, un poco triste tal vez, porque yo aún no he nacido para hacerle ver que su vida no está en el pasado, sino en el futuro. Mientras ella anda por la playa recogiendo pequeñas conchas con las que yo luego jugaré, recuerdo que el día que yo misma fui consciente de este vínculo que establezco sin querer entre la escritura y el agua fue el mismo día en que decidí pasar del cuento a la novela. Durante los años en que escribí cuentos, mi mundo acuático estaba centrado principalmente en el buceo a pulmón, sin botella de oxígeno, lo que se conoce como apnea. Llegué a alcanzar los cinco minutos y tres segundos de apnea estática, y cuarenta metros de profundidad en el mar en la disciplina de *no limits*. La apnea era el único medio que hasta hace relativamente poco tiempo utilicé para llegar a un nivel de relajación que –imagino– debe de parecerse bastante a ese nivel de meditación que otros consiguen en tierra, y que yo nunca logré fuera del agua. Soy bastante fiel a mis aficiones, por eso me extrañé cuando decidí, aparentemente sin pensarlo demasiado, que quería atravesar a nado el Estrecho de Gibraltar, lo cual implicaba tener que abandonar la apnea para concentrarme en una disciplina básicamente opuesta: la natación de larga distancia en aguas abiertas. De un día para otro, y sin saber por qué, me vi pasando de hacer largos sin respirar bajo la superficie de la piscina a hacerlos a ras de agua, con una respiración siempre acompañada. Ese mismo día supe que estaba cerrando mi etapa cuentística para comenzar mi primera novela. ¿Coincidencia? No. Y ahora que ya voy por 5.800 metros y mi madre tiene 32 años pienso que cada escritor tiene sus procesos, que responden a los más variados estímulos. Obviamente los míos vienen determinados por los ritmos que el cuerpo me pide cuando me encuentro relajada, y en el agua. Un cuento para mí se define por algunos elementos muy específicos, y

propios, precisamente, de la apnea: la falta de oxígeno, la transgresión del límite, un salir de la zona de confort, encontrarse cómodo dentro de la incomodidad, un aleteo uniforme, un ritmo marcado por el metrónomo cardíaco en el que cualquier salto es una arritmia que entorpece la lectura. También en el cuento, como en la apnea, hay que reducir al máximo el margen de error, y esa es una de las bellezas del género: la dificultad basada en que se puede y se debe aspirar a esa perfección, que es imposible en la novela. De la misma manera que yo, para alcanzar a nado Marruecos, seguramente cometí más errores técnicos de los que cometí en todos mis años de apnea, también mi novela tendrá alguna brazada torcida, como pasa inevitablemente con toda escritura —o travesía a nado— de largo aliento.

Cuatrocientos largos más y mi madre tiene ahora 48 años, sin duda demasiado joven para que yo pueda permitirme descansar. Además, después de muchos años trabajando en un bar nocturno, ha conseguido capitanear un barco que se llama *Libertad*. Su vida ahora es, sin duda, más libre. Me detengo tres segundos para ponerme las palas en las manos. Estos segundos que utilizo para cambiar de material o para beber no afectan a la vida de mi madre. Sigo pensando, a pesar del cansancio, o acaso gracias a él. Creo que esta relación entre el tiempo cuento-novela y el tiempo apnea-natación tampoco es para mí casual. Siempre he pensado que nunca he conocido a un viejo, que todos morimos jóvenes. Este pensamiento, esta absoluta incapacidad que siempre he tenido para ver ancianos, y que yo consideraba



una rareza mía, parece ser un hecho científico. Hace no mucho tiempo, leyendo los estudios del doctor Manuel Serrano, biólogo Molecular del CNIO, supe que, realmente, estamos diseñados para vivir casi el doble. Esto de manera natural. Las modificaciones genéticas podrían, además, prolongar la vida más allá de esta barrera que por ahora, y de todos modos, nadie ha alcanzado. En tanto que nadar y escribir son tareas que transgreden límites corporales y mentales, para mí significan la combinación perfecta para sentir que, durante el tiempo que me ocupan estas dos tareas, le estoy ganando a la muerte. Acaso el dogma de que la muerte es parte de la vida ha bastado para mantenernos satisfechos, conformándonos con ese caramelo de fresa que es, simplemente, el edulcorante del conformismo mortal, el contentarnos con vivir unos pasitos más que las generaciones previas. Es curioso que, habiendo viajado al espacio, no hayamos dado más prisa en conquistarnos a nosotros mismos si hubiéramos visto nuestra esperanza de muerte tan lejana (y con ello tan codiciada) como lejano vemos Marte. Pero nos hemos puesto el límite demasiado cerca, demasiado fácil, alrededor de los 80 años, y es que claro, qué queremos, si los neandertales más viejos no superaban los 40. Seguimos comparándonos con el pasado. Y venga a ceder asientos en el metro. Y venga a enamorarse normalmente de aquellos que han venido a caer en nuestra misma generación. Y venga a negar a los octogenarios el deseo, el salto, la acrobacia física y mental. Personalmente, me rebelo contra ello, y ahora que mi madre ya va por los

64 años que llevo ganados para ella, le digo que la cuidaré siempre, pero no aceptaré quejas prematuras. Para mí, la mejor manera de ejercitar los músculos de esta rebeldía consiste en nadar y escribir. Parafraseo algunas de las palabras de Manuel Serrano, que en mi imaginario se traducen en esa necesidad de trascender límites físicos y mentales: “La vida no necesariamente tiene que conllevar la muerte / Nuestro destino genético es la vida / La muerte por envejecimiento prácticamente no ocurre en el mundo natural, es decir, al contrario de lo que se piensa, no llegamos a viejos / No hay que aceptar la vejez como un destino inevitable, hay que encontrar la manera de curarla como se cura una infección / La célula cancerígena es un ser asocial, no cumple normas, es una rebelde, se multiplica sin orden, es el jugador que no pasa la pelota, que antepone su supervivencia a la del bien del equipo. Y ahí, en esa rebeldía, puede estar el secreto de la inmortalidad”. Desde mi punto de vista, la escritura es también una célula rebelde que hace que el escritor escriba a pesar o en contra de sí mismo. Aspirar a ser más viejos tratando de convivir con esa célula rebelde es para mí lo mismo que aspirar a ser mejores escritores, y lo mismo que aspirar a nadar distancias más largas, o a bucear con el solo aire de nuestros pulmones durante cada vez más tiempo. El tiempo y la escritura, que en mi caso suceden en el agua, son la misma cosa.

Pero además del tiempo, mi relación intensa con el agua me ha dado otro ingrediente que es fundamental para mi escritura: el conocimiento y el control de mi cuerpo. Considero que gran parte de lo que somos se



corresponde con el mundo de los sentidos, no con la información. Para informar están los periódicos, pero para transmitir una historia creo que es necesario realizar una inmersión hacia los recovecos de lo que sentimos a nivel corporal. Por ello me extraña que la conexión entre el deporte o la meditación y la escritura no sea demasiado frecuente entre escritores. Cuando comencé a nadar distancias largas en piscina, del orden de diez kilómetros (cuatrocientos largos de veinticinco metros), comenzaron a dolerme partes del cuerpo que hasta entonces jamás me habían dolido. Pensé entonces que, puesto que también yo voy a morir tan joven como todos, la cuestión está en vivir, durante esta juventud, diversas posibilidades físicas y mentales, única manera de escribir con cierta profundidad. Recuerdo que los primeros días de entrenamiento me mantuve en el límite de lo conocido. Un poco de cansancio. Un tirón en el pie. Pero cuando hice mis primeros diez kilómetros pensé en esa maldición que nos mantiene a todos en la perpetua infancia. No solo me dolían –como era de esperar– partes del cuerpo que antes ya me habían dolido, sino que me dolían también partes que no conocía, y es que solo se conoce lo que se siente. Quizá habría tenido que esperar cincuenta años para saber que los huesecillos más insignificantes pueden llegar a doler tanto como esa cosa tan importante que llamamos cabeza. Hasta tuve que buscar en Google cómo se llama lo que me dolía: articulaciones interfalagianas, que son las que unen las falanges de los dedos. Este dolor de empujar el agua durante tres o cuatro horas podría ser un dolor parecido al que siente ahora mi madre,

en este segundo en que gracias a un nuevo largo ella cumple 80 años, y se queja de la artrosis o el reuma. Giro sobre mí misma y me impulso con fuerza contra la pared de la piscina. Otros veinticinco metros. Y me gusta esta sensación. Me gusta conocer la existencia de miembros olvidados a partir de un dolor que no viene de la enfermedad, sino del esfuerzo. El esfuerzo deviene, entonces, la posibilidad de conocer lo que me espera y, por tanto, de vivir en la intensidad de lo que no solo yo, sino mis mayores, sienten, y de poder escribirlo. A día de hoy, me gusta imaginar cuántas sensaciones más me esperan en este nadar constante y siempre más ambicioso. Acaso me espere un otoño lleno de atenciones a las esquinas ignoradas de mi cuerpo, y una primavera florecida de preciosos nuevos huesos y cartílagos, y un mes de mayo que me dará la posibilidad de acercarme a los síntomas de esos jóvenes que llamamos ancianos, y escribir mi senectud mucho antes de llegar, físicamente, a ese momento, y con toda la fuerza de la salud. Escribir la ancianidad desde la ingenuidad. Ese sería un bello reto. Narrar el dolor físico o sentir el miedo a la muerte con la alegría de quien piensa que aún le queda mucho tiempo. ¿Cómo puede haber todavía escritores que sostengan que todo está ya escrito? Aquí hay una de las muchas vías que quedan por explorar: escribir el futuro desde el presente.

Sigo nadando y veo cómo mi madre apaga las velas de su 101 cumpleaños. Me quedan fuerzas y voy a continuar un poco más. Ahora que he atravesado el Estrecho de Gibraltar me entrenaré para nadar el doble: llegar a Marruecos y regresar,

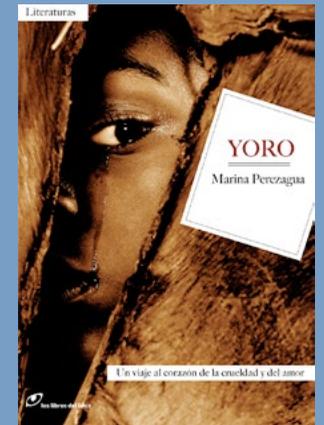
en el verano de 2017. Acaso esta vez decida darle años a mi padre, puesto que fue mi reto marino el que me llevó a escribirle algo que, de nuevo, tramé en el agua. Fue el día antes del cruce. Por primera vez en quince años, le escribí un *email* que termina así: “Si algo me pasara, recuerda esto: nadie reproducirá tu ADN. No podrás ver tus rasgos, tus ojos, tu boca, en los rostros de alguien que te quiera. No podrás reconocerte en nadie. Tu vida terminará en tu muerte. Despreciaste la única sangre que podría haberte prolongado. Desde el día en que me echaste, siendo niña, de tu casa, no te llamo Antonio, te llamo Lázaro, porque aquel día te mataste, y te convertiste en un muerto caminando entre los vivos. En mis pensamientos siempre te deseo lo mejor, pero sé que ningún buen deseo podrá devolverte la vida. Siendo yo la única que podía haberte salvado, matándome en tu vida, te suicidaste. Recuerda: si algo me pasara, si algo te pasara, este es mi mensaje para ti: quien no quiere a una hija es un muerto andando entre los vivos que camina hacia la muerte definitiva entre los muertos. ¿Cómo pudiste renunciar a la vida? No a mi vida, que no te importó, sino a la tuya propia”.

Llego a los 8.000 metros. Toco pared. Bebo mis electrolitos. Vuelvo a sumergirme. Me imagino nadando hacia África, y luego me imagino nadando hacia España. Sí, voy a ganar años para mi padre. Para ello tengo que seguir sin descansar, lo cual es lo mismo que dejar que su recuerdo, y mi perdón, se me cuelen como el agua por los oídos, hasta el cerebro que no hoy, sino tal vez mañana, o cualquier día, se disponga a pensar, siempre desde el agua, cómo escribir esa sangre de mi sangre: mi padre. Cómo nadar para comprender qué es lo que quiero contar. ●

La voz que desafía

TEXTO ANTONIO ITURBE

Yoro es una novela que no toma rehenes. La protagonista dice que se llama H, la letra muda, porque se le negó siempre la voz. Escribe una carta que no es una confesión, porque eso sería un signo de sometimiento, sino una explicación de una frialdad dura de los acontecimientos que la llevaron a matar y no arrepentirse.



Su relato arranca en circunstancias dramáticas, en un campo de refugiados en África donde todas las esperanzas arden. Retrocede y nos sitúa en el momento en el que su vida explotó: estando en el colegio un avión de las fuerzas aéreas norteamericanas dejó caer sobre Hiroshima la bomba atómica que destruyó a cientos de miles de personas. H nos recuerda que “una guerra es mucho más que datos, recuento de muertos, atrocidades. Una guerra es una herida profunda en la dignidad del ser humano, es una tara, una deformación congénita que indica un nuevo fracaso de la humanidad”. Ella sufre, entre otras secuelas, una grave herida entre las piernas. Después sabremos de su encuentro con Jim, un excombatiente norteamericano destinado en Japón que fue hecho prisionero y sufrió las torturas más sádicas. Dice H que “los animales viven sin rencor. Es solo nuestro nivel de sofisticación destructora lo que ha implantado en nosotros ese sentimiento”.

Tras ser liberado en 1945, Jim se quedó como parte del contingente de ocupación y en 1950 le asignaron el cuidado de un bebé japonés. Y Yoro fue por primera vez una gota de bálsamo en aquellas llagas inmensas. Cuando H lo conoce, en 1960, Jim está desesperado buscando a su hija perdida. Sabremos algo más de H: la bomba había explotado en ella antes de nacer. Llegó al mundo con una malformación genital que desconcertó a los médicos y fue criada en el género masculino aunque ella sentía una pulsión distinta por dentro. Lo que la bomba arrancó, la destruyó y la recompuso. H se une a la búsqueda de Jim: “Lo que un árbol respira sale por los pulmones de otro árbol”.

Al leer este libro uno entiende que su autora sea capaz de atravesar el Estrecho de Gibraltar a pulmón. Esta mujer va a atravesar muchos estrechos.